

ELISA SERRANO

LA NIÑA Y EL VIEJO

PASO LOS DÍAS sentado junto a una reja con enredaderas de hiedra. Siento la vida de los alrededores, pero me cuesta pensar. No soy más que un mendigo. Como no sé escribir, me lleno de impresiones y de rostros. Me gustaría haber estudiado, saber más cosas. Quizás, si yo fuera un médico, al conocer el nombre de mi enfermedad, mejoraría mis miembros que tiritan caprichosamente.

En la saliente de concreto de una muralla, en un barrio donde viven los ricos y los pobres pasan, me siento cada mañana a mendigar.

Bueno. Es posible que si yo supiera muchas cosas, sería lo mismo que soy: un mendigo.

* * *

En la familia, a la que vivo allegado, ha nacido un nuevo niño.

Las señoritas que visitan la población, cada domingo por la mañana, trajeron ropa para la guagua y contemplaron con desagrado el rancho: un cuarto y un alero.

Una dijo que debía hospitalizarme, la otra discurrió donde podrían conseguirme cama.

—Ud. no está en condiciones de trabajar —dijo.

—Eso mismo pienso yo —respondí.

—Es un pobre enfermo.

—Así es, pues, señorita.

—¿Cuántos años hace que está enfermo?

—Ya no llevo la cuenta.

—Buscaremos adónde llevarlo (la madre de la guagua me miró temerosa).

—¿Y de qué va a vivir entonces la familia? —pregunté.

Recordé la primera vez en que sentí las manos arrancárseme de mis brazos. ¡Tuve tanto miedo...! Perdí el trabajo y me llevaron al hospital. Durante esos meses, ví el sol a través del blanco de muchas camas iguales, pero los rayos no alcanzaron a tocar la mía. Cada mañana lo esperaba: primero iluminaba los vidrios de la ventana del dormitorio común, tímidamente caía sobre la primera cama para saltar a la del lado, pero, cuando parecía acercarse a jugar con mi colcha, lo partía en dos la torre de una iglesia lejana y desaparecía tras la cúpula.

Cuando conseguí que me cambiaran de cama y avisté la tarde en que el sol calentaría mi cuerpo, amaneció nublado. Después me dieron de alta.

—¿Esta es su familia? —preguntó la otra señorita.

—No.

—¿Gana usted bastante?

—Sí, señorita; mi puesto es bueno.

—¿Así... enfermo... dónde trabaja?

—En una calle de ricos.

—¿Qué hace?

—Pido... a veces no pido, y... me dan.

—¡Un mendigo...! Entonces, esos tiritones...

—Me acostumbé, señorita, ahora no soy dueño...

Ya conocía el hospital. Cuando regresé, mi mujer se estaba muriendo. No tenía con qué pagar el entierro. Me despedí de ella y me fui. Desde entonces sólo me sentí contento con un trago de vino en el cuerpo. El vino me hacía olvidar que a mi mujer la habían enterrado otros.

Una tarde noté que el temblor de mis manos, reflejado en las miradas de los transeúntes, volvía a mí, adolorido... Exageré el temblor y una señora me dio un peso.

* * *

MARTES.

Ya no llevo cuenta de los días que me he sentado en este mismo sitio. Los días han formado meses y de los meses han nacido años.

A veces apoyo la cabeza en los hierros de la reja y siento miedo que bajo las hojas haya algún mal pájaro escondido.

Me dejo adormecer por los rayos del sol y termino de tiritar cuando me llega a la sangre.

Una mañana nublada, atravesé a la vereda del frente y me senté en las gradas de una casa. Cerca de mí, escuché unos golpecitos en los vidrios de la ventana y apareció, deforme tras el cristal, la carita de la niña. Al retirarse la vi mejor; adquirió una expresión menos grotesca y sonrió haciéndome señas con la manito.

Su cara, encuadrada por el pelo negro y lacio, era opaca. La chasquilla parecía una cinta negra amarrada sobre la frente.

Yo la conocía: en invierno, sobre una silla para alcanzar la ventana; en primavera, tras los barrotes de la puerta esperando que la empleada terminara de barrer la calle (trabajo que ella hacía con extraordinaria lentitud); en verano, estaba ausente.

Su carita desapareció de repente y la encontré a mi lado. Quise incorporarme para devolverla a su casa, pero me tiritaron en tal forma las piernas que permanecí inmóvil.

—¿Qué'ubo? ¿Cómo te va?

—¿Cómo está la señorita?

—¿Por qué tiritas?

—Porque tengo frío.

—Los niñitos pobres, sin casa, tienen frío.

—Yo también soy pobre.

—Yo no... pero a veces tengo frío también (se miró las mangas de su chaleco, le quedaban muy cortas). Espérate, aquí que voy a buscarte un peso.

Oí una voz que la llamaba y la niña no volvió.

* * *

JUEVES.

Temprano, en la mañana, llegó el hijo del millonario... Yo preparaba mi café en un jarrito, cuando vi su automóvil en medio de la calle. Como siempre, después de una larga farra, volvía borracho. El instinto lo trajo hasta su puerta, abandonándolo allí. Se tendió en la vereda a dormir. Me dio vergüenza verlo así botado... ¡un caballero rico...! como un cualquiera. Me paré junto a él sin atreverme a despertarlo. Tuve miedo que algún vecino lo viera en esa posición tan fea, con un buen abrigo cubierto de porquería.

Junto a nosotros se detuvo el autopatrulla de la brigada móvil. Dos carabineros descendieron: el automóvil estorbaba el tránsito.

—A ése mételo adentro —ordenó el cabo molesto.

—No puede ser . . . —me animé a decir.

—¿Cómo que no? ¿Que no ves que está curado?

—Y qué. ¿No ha visto nunca?

Lo tomaron entre dos. El joven millonario despertó cuando lo empujaban al furgón blanco y negro; se debatió con rabia. No le faltaban fuerzas para estar tan borracho.

—Ya . . . ya . . . menos ruido . . . ¿Es suyo ese auto?

Le registraron los bolsillos y encontraron la llave. El carabinero maniobró en el lindo vehículo hasta colocarlo bien y descendió con orgullo de profesional.

—No hacía nada —insinué otra vez.

—Obstruye la libre circulación del tránsito con su coche mal estacionado —dijo el cabo. Miró la calle desierta, agregó: —¿Qué más escándalo que dormir en la calle?

—Está en la puerta de su casa.

El cabo observó la casa en todas sus dimensiones y la valoró.

—Vive aquí el muy . . . no diremos que lo han educado bien.

Con lo visto consideró menos peligroso seguir su camino, no estaba para comparecer por abuso de autoridad, "los ricos siempre se salían con la suya".

Pensé que tenía razón en mascullar. Oprimí el timbre para que viniera el mozo a ayudar a su señor. Los carabineros subían otra vez al furgón de policía.

—Rotos . . . rotos de m . . . —vociferaba el joven millonario —me la pagarán. —Pero sus amenazas quedaron suspendidas en la cortina humeante del motor.

Como pudo introdujo la llave en la puerta. El mozo se asomó vestido ya con su elegante uniforme de servidor antiguo (el pobre se avergüenza de su uniforme. Un día unos chiquillos le preguntaron si trabajaba en un circo; desde entonces, sólo se acerca a conversar con el casero que vende la fruta y con el chofer del senador los días de permiso en que se viste de paisano). Al verme cerró con rapidez la puerta tras el patrón.

Las enfermeras que iban al hospital —vestidas de colores furiosos por temor al blanco que les impondrían más tarde— siguieron su camino, agotado el color de la escena y su curiosidad. El radiopatrulla torció la esquina. Yo

me encaminé a la saliente de concreto de la casa grande. La ventana de la mansión del millonario se cerró con estruendo, dejando sólo el silencio.

* * *

VIERNES.

—¿Por qué estás a este lado? —me preguntó la niña.

—Me iré al frente cuando salga el sol.

—Yo también me llamo Sol —se indicó el pecho con la mano, y sentí que el nombre se lo había puesto yo.

Corrió hacia la casa, adentro la llamaban a voces. Desde la puerta me envió un beso.

* * *

SÁBADO.

No he visto a la niña y en vano la he esperado.

Esta mañana hubo un incendio en algún lugar del barrio. Se quejó largamente la sirena y luego pasaron veloces, como huyendo del propio incendio, las bombas.

Tras su bocina y su soberbia roja, corrieron los niños y los ciclistas, se detuvieron los automóviles, y se animaron las ventanas.

Cada vez que pasa algo extraordinario, se llenan los vidrios de imágenes diversas. Las más osadas salen al balcón, las menos se insinúan tras el cristal.

Por extraordinario se entiende el brusco frenar de un vehículo, el paso de un radiopatrulla, la bocina de la Asistencia Pública, la nota aguda de un grito, la violencia de una riña, el paso de las bombas contra incendio.

Lo extraordinario da vida a las ventanas, adquieren color y expresión, se multiplican de ojos. Luego desaparece el contacto y mueren las ventanas.

La pobre mujer trató de esconder las lágrimas cuando vio que yo la miraba. Para disimular me dio un billete y yo le respondí: "que Dios la bendiga". ¿Sería suficiente?

Debí hablarle más, decirle que sabía su sentir. Los pobres que pasan por esta calle de ricos, van casi siempre al hospital o vienen de allí. Conozco esa mirada de los que están acostumbrados al dolor y conozco la expresión de aquellos que lo sienten a veces.

Los hombres traen distinta cara cuando van o vienen del hospital en días de semana, de cuando van o vienen los domingos a las dos de la tarde. En los días de semana andan tristes o vendados, dejan un pariente o traen una pena. En la tarde del domingo caminan en grupos alegres, los brazos llenos de paquetes de frutas y muchos niños pequeños.

La mujer que pasó esta mañana había dejado algo atrás y aún no se acostumbraba a su ausencia.

Pero yo no le hablé, porque cruzando la calle, en dirección a mí, caminaba la niña Sol de la mano de su madre.

La madre tiene una mirada celeste y un abrigo café.

—Mamá . . . mamá . . . un peso para el viejito tiritón . . .

Me miró escarbando en lo más hondo de la cartera, pasó a su hijita cinco pesos y levantó los ojos hasta el tercer piso del edificio de departamentos. Buscó tras la ventana que tiene un balcón saliente. No encontró a nadie. Desilusionada volvió a mirarme. Como para enterar tiempo fue sacando algunas monedas que entregó a la niña.

Esta puso las manos en forma de concha para recibir el sencillo, dejándolo en las mías que imitaban su gesto.

—Tan bonita la niña, señora . . . —dije, pero la mirada de la madre enredaba la ventana del tercer piso— tan bonita . . .

—Uno, dos cuatro —no sabía contar, por eso lo hacía con tanto orgullo.

—Es bonita y es buena —En ese momento, desde la ventana del departamento del tercer piso se agitó una mano, la madre se ruborizó y tomando a la niña la besó con apetito—. Tiene buen corazón.

Cuando se disponía a marcharse volvió atrás.

—Lo quiere mucho a usted.

Sentí que las lágrimas empañaban mis ojos . . . las manos no me obedecieron cuando quise limpiarlos.

—Que Dios bendiga a su niña, señora. —La frase me pareció sin sentido.

No decía nada . . . Cuando una mujer pasaba con un niño, surtía efecto inmediato: me daban cualquiera cosa para que la bendición cayera sobre el hijo. Surtía efecto cuando la mujer era la madre. "Que Dios bendiga a su niño . . .". "Que Dios bendiga a la niña . . .". "Que Dios guarde al perrito . . .".

Me había apropiado y repartía la bendición de Dios. Ella me aportaba dinero . . . más dinero que mi enfermedad. Deseaba con el alma que Dios bendijera a la niña Sol y no tenía frase, estaba usada.

DOMINGO.

El senador que vive en la casa gris ha amanecido enfermo. Las ventanas permanecieron cerradas casi hasta el mediodía.

Eché de menos a la muchacha desgredada que muy temprano abre todo para que se renueve el aire.

La mano en el balcón, sacudiendo un paño amarillo sobre el vacío, es un gesto que se repite día a día, casa por casa. El gesto es el mismo, pero algunas empleadas visten desde esa hora, delantales muy limpios con cuellos almidonados, mientras otras lucen hermosos chalecos de lana color violeta o verde fuerte. En casa del senador las empleadas no visten uniformes, por lo cual el mozo de la casa del millonario dice que es un senador de izquierda.

Los domingos después de almuerzo se reúnen a mi lado los empleados de las casas grandes de la cuadra. No soy yo quien les interesa, sino la charla del casero que vende la fruta. El vendedor de fruta viene poco antes de las 12 (como se emborracha por las noches, a la mañana siguiente llega tarde al remate de la Vega y consigue la mercadería en liquidaciones de última hora, mucho más barata que los que se han levantado temprano y la noche anterior no se han emborrachado. Es un hombre de suerte).

Como su patrón está enfermo, el chofer del senador ha paseado todo el día, sin saber qué hacer; esquivando la vigilancia de su patrona que grita más que una mujer de conventillo. Cuando divisó la carretita llena de variados colores, empujada por el casero, se le iluminó la cara y se acercó a nosotros.

Desde la ventana de su casa el mozo del millonario observaba envidioso la alegre charla. Solamente más tarde, después de sacarse el uniforme, se atrevería a venir.

En la casa a donde me allego hay un jardinero; es un buen amigo mío y nos entendemos muy bien, porque nunca habla: se sabe qué está pensando por la manera cómo escupe al suelo. Es un artista para escupir, lo hace en diferentes formas, y lo lanza a variadas distancias. Prepara su boca lentamente, con una cierta elocuencia antes de lanzar la saliva. No trabaja casi nunca en el jardín, pero en las mañanas, después de comprar el pan, se sienta en la reja de su casa, junto a mí, y miramos a la gente pasar.

—Ahí viene la diariera —dijo el chofer—, no tiene mal trasero.

—Lo mueve mucho cada vez que pasa por aquí delante —dije yo.

—No es mala.

—Eso lo saben muchos . . . —miré al jardinero, quien escupió tras ella.

La mujer de los diarios volvió a pasar mirando fijamente al jardinero, lanzó una carcajada, haciendo bambolear su pecho suelto y abundante, a pocos pasos de él. El chofer se volvió con despecho. El jardinero escupió, ahora sin mayor intensidad, junto a sus propios pies, como a sí mismo.

El chofer se dirigió al casero, mientras pelaba un plátano machucado, con gesto lento.

—Ojalá a la señora no se le ocurra mirar para acá.

—¿Cómo es que lo veo de ocioso a esta hora? —dijo el casero.

—Espero, por si pesco al señor de la casa del lado.

—¿Al padre de la niña Sol?

—Sí, al mismo . . . quiero pedirle un empleo.

—¿Y qué hay del caballero en donde trabaja ahora?

—Me paga poco y la señora es muy fregada.

—Pero es senador.

—Pero no es caballero —el jardinero se incorporó a la conversación escupiendo en dirección a la casa gris—. Quiero ser empleado particular.

—¿Y para qué?

—No sé . . . pero siempre es mejor ser empleado particular.

—Ese señor del frente no tiene cara de rico . . . —el casero era experto en valorar al vecindario. Sabía que no eran ricos los que compraban frutas, ya que los ricos la preferían más barata, directamente del productor, en las bodegas de la Vega.

—Sí, el auto no es muy moderno, pero está bueno —dijo el chofer.

—Tiene una niñita tan linda —agregué yo.

—No es rico, pero debe ser influyente.

—Dicen que hace clases en la Universidad —expresó el casero; el jardinero masculló algo que no oí—. Debe saber muchas cosas —escupió con desprecio contra la Universidad o contra los conocimientos.

—En todas parte del mundo —dijo el chofer— son los caballeros quienes tienen influencia, no los ricos.

—Yo no quiero ni verlo —confesó el casero—. Una vez le pedí plata prestada, diciéndole que se acababa de morir mi hermano. Me dio dos mil pesos. Tres meses después volví a pedirle, diciéndole que se me acababa de morir mi hijo, me dio mil no más . . . pero la semana pasada, que me metieron a la capacha, mandé a la mujer para que le pidiera un poco de plata adelantada . . . la muy idiota le dijo que se le había muerto el marido . . .

—¿Y le dio otra vez?

—No, la mandó al diablo.

No seguí escuchando la conversación; la niña Sol había aparecido en la ventana del frente y yo tenía que contestar sus señas.

* * *

MARTES.

Anoche, en sueños vi a la niña, su marco de pelo negro y su sonrisa iluminada. La veía perderse en un mundo de cabezas que se movían con rapidez. Yo trataba de llegar a ella... ¡Tan pequeña entre gente tan grande...! Me tiritaban las piernas sin lograr tocarla. Volví a verla... ¡Tan contenta entre personas tan tristes...! y mis pasos no avanzaban. Ella caminaba despacio y lo miraba todo, con una carita ¡tan diferente a la cara de los demás...! Entre los dos, seguían interponiéndose los tiritones de mis piernas débiles, más el cuerpo de una muchedumbre fuerte.

No quise dormir más para sacar a la pequeña Sol de mis pesadillas nocturnas. Llegué temprano y me senté en mi puesto.

El padre de la niña Sol, al salir de su casa, me saludó con la mano. Su sonrisa cariñosa hace que el casero le pida dinero y el chofer un buen puesto. A mí me habría gustado pedirle que conversara conmigo. Al atravesar la calle, contento y sin abrigo, parecía que el aire de afuera no lo tocara a él. Miró largo rato las llaves antes de abrir el automóvil, con los ojos prendidos del manajo, como si en él estuviera la lista de los trabajos, citas y deberes diarios. Miraba las llaves con una mirada del color del día y de sus pensamientos. Escogió una y abrió el Ford negro.

Media hora más tarde salió del otro edificio el dueño del Cadillac celeste. Esperó que el portero sacara el auto y lo colocara frente a él. Recibió las llaves y sin más ceremonia, partió también.

Tras una ventana abierta, las notas agudas de una canción mejicana apagaban la sordina de la aspiradora eléctrica.

La niña salió muy contenta con su abrigo rosado, me lo mostró orgullosa.

—¿Te gusta mi abrigo...? mañana cumplo tres años.

—Le traeré unas florcitas.

—¿No podrías traerme un tarro igual al de tu comida? —me sentí avergonzado. Yo trataba de esconderme a la hora de las doce cuando sacaba mi merienda para vaciarla en mi tarro.

La mamá se adelantó a tomarla y le pasó un billete. La niña me lo en-

tregó, mientras su madre fijaba los ojos en la ventana del tercer piso. La miré un momento y pensé qué es lo que mueve el alma de las mujeres. Debí contestarle que tras su marido, había salido el otro y que yo los conocía a ambos. Pero ella también debía conocerlos.

Las dos se alejaron. Quedó sólo el marco de la ventana con su misterio de reflejos. En él aparecía y desaparecía la cara de la niña. Antes mi pensamiento me lo devolvía como un vidrio empañado y unas narices deformes. Un vidrio vivo y anónimo. Ahora había adquirido realidad y tenía un nombre. Se llamaba Sol.

* * *

VIERNES.

El millonario salió hoy antes de las diez. Esperó que el mozo uniformado le abriera la puerta del garage, de pie, mirando a la calle. Tiene las espaldas encorvadas, como si sobre sus hombros sostuviera una bolsa con todos sus millones en pesos fuertes. Insistió en sacar él mismo su automóvil. Sus piernas muy cortas lucharon con el auto tan largo, y al salir detuvo el tránsito. Miró la larga fila de vehículos con ojos suplicantes, y trató de evitar el choque de los insultos de los camioneros. Mientras más fuerte sonaban las bocinas, más nerviosamente maniobraba en el volante.

Cuando vuelve a almorzar deja su auto cerca de mí y al pasar me da una buena limosna, pero jamás me mira de frente. ¿Siente en mí un enemigo? Yo comprendo que es un hombre muy rico y que no sabe qué hacer con sus millones; el dinero es más que su imaginación; esto, le quita el sueño. Si se apercibiera que lo conozco y que sé tanto de él, sería verdaderamente mi enemigo.

El millonario logró salir de la calle, los demás vehículos desaparecieron tras él. Volvió el silencio a martillear mis oídos.

El millonario es un hombre muy triste, tiene un hijo que no trabaja y unas minas de carbón en el sur. Cuando él viaja a visitar sus terrenos la casa se renueva, empieza a vivir. La mujer sale contenta a mirar el sol y la gente entra contenta a mirarla a ella. El hijo se pasea hasta tarde en mangas de camisa y se ve muy joven cuando está bien oreado. Al cabo de una semana la casa vuelve a enmudecer, se bajan las persianas de los salones del primer piso y queda abierta sólo la del comedor. Las empleadas no cantan al sacu-

dir levemente los muebles y las alfombras y el mozo se asoma por un minuto al balcón. El millonario ha vuelto a su casa, a su hermosa casa con escaleras de mármol blanco.

* * *

SÁBADO.

La niña me rodeó el cuello con sus brazos, intentó besarme, pero la empleada lo impidió con un grito de escándalo y tirándola del brazo la llevó al almacén.

Otra vez la niña me había besado, pero iba con su madre, que pudo apartarla de mí, tratando de no herirme.

* * *

DOMINGO.

—Mamá... mamá, un peso para el viejito tiritón —dijo la niña colgada de su brazo. La madre abrió la cartera, sacó algunas monedas y levantó los ojos.

Del edificio de departamentos, salió el caballero del Cadillac celeste; ella lo vio venir e inmovilizó su alma. El automóvil estaba frente a nosotros; él, cabizbajo, llevó la mano al bolsillo trasero del pantalón y... la vio. Sonrió como desde muy adentro. Sonrió con los labios solamente y mantuvo muy serios los ojos. Extendió la mano. La madre soltó a la niña y dio un paso adelante. El la esperó. Ella dio otro paso y entregó sus dedos. El retuvo la mano y la mirada, sin hacer ningún movimiento. Estaba acostumbrado a que las mujeres se dieran cuenta de sus atractivos.

La niña perdió interés en ellos, lo concentró en el brillo del automóvil. Sacó saliva de su boca y la extendió sobre el tapabarros, para quitarle el polvo, hasta verlo brillar más celeste. Repitió la operación y su boca quedó llena de tierra mojada. La madre la sacudió con impaciencia, limpiándole la boca con su pañuelo y secando las palmas de las manos. Volvió a levantar la vista, pero el hechizo estaba roto.

—Mamá... un peso para el viejito...

—No me moleste más, no tengo sencillo... otro día...

—Tan bonita su niña, señora... tan bonita y tan buena... —Sonrió con

desgano y continuó su camino, mientras el motor del Cadillac rugía suavemente desde su jaula brillante. El caballero aceleró con estrépito, como para demostrar más destreza, y se alejó.

* * *

MARTES.

El casero dijo que la señora del quinto piso del edificio había muerto. Traté de recordar su cara y separarla del resto que veo diariamente.

Tenía un enorme perro gris con manchas negras en el lomo y los días de sol, un taxi, de esos que se paran en la Plaza de Armas, venía a buscarla para hacer diligencias.

A esa hora de las doce, se paseaba por la vereda y su perro se acercaba a olfatearme. La señora me sonreía con cariño, para hacérselo perdonar.

El automóvil negro se detenía en las tardes y el chofer tocaba el timbre del quinto piso. Desde una ventana en lo más alto, una mujer vestida con una cofia almidonada, gritaba:

—Un momentito . . . la señora ya baja.

Año a año, la señora bajaba con más dificultad. Yo me sentía unido a ella por la debilidad de las piernas.

—Hay un finado en el edificio —repitió el frutero cuando se acercó el jardinero; éste escupió en dirección del edificio y yo tuve miedo por su alma.

—¿Quién será? —preguntó la diarera.

—Entran y salen tantos —dije yo.

—La del quinto piso, ésa del taxi, de la enfermera y del perro.

—Al perro no lo he visto últimamente.

—Dicen que fue a esperarla al cementerio, que sabía que ella había de morir.

—¿No lo habrán envenenado por venganza?

—Puede haber estado maldito, tenía ojos de mala bestia.

—Correré más allá la carreta para ver cuando saquen el cajón de la viuda.

—¿Y sería viuda?

—¡Qué otra cosa había de ser!

—Ahora se llevan a casi todos los muertos a la iglesia . . . parece increíble en gente rica que no velen a sus finados como es debido.

—Si la llevan a la iglesia, no demora en venir la carroza.

Nos instalamos junto a la puerta del edificio de departamentos. El casero con su carretela llena de frutas de colores, muy poco apropiada para un entierro.

—Estos no compran fruta. —Miró con desprecio.

—Es bueno que pase harta gente —dije yo—; además, es bonita una carroza.

—Viera, compadre, qué complicado es sacar a los muertos... ¿Se acuerda de ese caballero que murió no hace mucho? Ese sí que era grande y pesado; no cabía el ataúd en el ascensor y sudaron a chorros para dar cada vuelta de la escalera... ¡Qué jaleo...! Ahora será igual... ¡Cómo van a zanzanear a la pobre señora...!

—Que en paz descanse.

—En paz no ha de descansar hasta que la saquen de aquí... la otra vez una parienta del caballero, del finado ese gordo, se quejaba al portero, que en estos edificios nuevos no piensan en la comodidad de los vivos, ni de los muertos... entonces el portero le contestó: "Ni de los vivos, ni de los muertos... ni del portero, señora".

Todas las personas conocidas del barrio y otras más, se acercaron hasta nosotros para ver la llegada de la carroza.

* * *

JUEVES.

En la vereda del frente se pone un ciego a mendigar. Al principio temí me hiciera una competencia seria, pero el pobre ciego tiene los ojos cavados por la enfermedad y el cuerpo consumido. La gente no lo mira. Antes, mientras más miserable era el aspecto de un mendigo, más compasión despertaba en los pasantes. El mundo ha cambiado. Hoy los hombres le temen al sufrimiento, huyen de la compasión y de todo lo que produzca malestar. Un cuerpo miserable ya no es buen negocio. Se tiene demasiado con la propia miseria. Muchos desvían los ojos al pasar frente al ciego. A mí no me temen desde que llevo un abrigo grueso en el invierno. Me sonríen y me quieren: no despierto remordimiento, no aumento el pesar. Me dan buenas limosnas.

La niña Sol le tiene miedo al ciego. Se toma fuertemente de la mano de su niñera cuando tiene que pasar por su lado.

Una mañana, para ser buena con él, trató de hacerle una seña cariñosa.

—No, señorita —le dije—, él no la ve.

—Entonces, ¿él no sabe hablar? —me contestó.

Hoy, para evitar la cercanía del ciego, ha corrido hacia mí, y con su me-

jilla cerca de la mía, una suave y nueva, la otra áspera y usada, me ha dicho al oído:

—Ese . . . es malo . . . ¿no es cierto?

—No, señorita, es un mendigo . . . como yo.

—No es como tú . . . y dice ella que vendrá a buscarme una noche, si me demoro en quedarme dormida.

—A mí . . . ¿No me tiene miedo?

—¡No! Tú no vendrías a buscarme. ¿Vendrías?

—Sí la señorita quiere que la lleve a alguna parte . . . —Ella me miró dudosa. Pasó la mano por mi cara para suavizar la herida.

—No, no quiero. A mi papá le gusta encontrarme en la casa cuando vuelve . . .

* * *

LUNES.

Había llegado a presentirla tras la ventana, sobre un piso. Antes de mirar sabía que estaba. Mi piel se suavizaba a la idea de su presencia, se adormecía.

La niña apareció en el vidrio, trató de abrir la ventana para gritarme los buenos días. No lo consiguió. Me lanzó un beso con los dedos.

Por la puerta de calle salió la madre. Vestía un estrecho traje gris. La niña la miró al pasar bajo la ventana y se dejó caer del piso. Más tarde, apareció también en el recorte de la puerta. Hasta mí llegó el llanto de la niña convertido en quejido.

—Mamá . . . mamá. ¿A dónde vas? Llévame contigo . . .

La madre se detuvo impaciente:

* —No, ahora no es posible; más tarde saldremos juntas —la dejó cerca de la puerta y tocó el timbre—. Esperarás sin moverte. ¿Me oyes? Ya vienen a abrirte.

La niña la vio alejarse. Hundió los dedos en la boca: un gesto de niño para un sentimiento adulto, aconchar el llanto. La madre entraba ya al edificio de departamentos. La niña volvió a asomarse y recelosa aún, miró hacia afuera. La madre, recelosa también, tocaba el timbre del tercer piso. Yo vivía con ambas.

Mi bienestar empezó a convertirse en desazón. No controlaba mis pensamientos, ni mi cuerpo. Me sentí recortado al ver a la pequeña, de pie, tras una cinta asfaltada y una cortina rugiente de motores. Me levanté con difi-

cultad. Después de largo rato de inmovilidad las piernas se resisten. Mis propios tiritones llegaban desde lejos, como si mis piernas pertenecieran a otro, a un compañero de cama o de asiento y sólo rebotaran en mí.

En el tercer piso las espaldas del caballero del cadillac celeste se afirmaron en el marco de la ventana. Hablaba con animación. Podía seguir el hilo de sus palabras por el movimiento de los hombros. Sentí los pies más firmes. En el tercer piso la persiana caía lentamente.

La mirada de la niña atravesaba a cada transeúnte y caminaba tras él. Quise hacerme pequeño, pasar inadvertido, romper contacto con ella: "Si la niña me ve..." La ventana desapareció completa bajo el desteñido de la persiana. Algo mío quedaba preso ahí. Recordé al esposo que miraba las llaves y daba dinero gratis al vendedor de frutas. ¡Si el casero hubiese estado conmigo...! con su cargamento en colores y sus buenas piernas. El manajo de llaves. Tenía muchas. ¿Cuántas puertas abría cada mañana? De una puerta no poseía la llave. La persiana dejaba traspasar un hilo de luz opaca.

La niña me vio. Ya no se sintió sola en la calle. El descubrimiento asomó al rostro. Buscó en su bolsillo. Le molestaban los vuelos blancos y almidonados del delantal. El bolsillo estaba pegado. Pareció desconcertarse y olvidó a su madre. Corrió hacia mí.

Vi una aureola blanca y almidonada. Quise adelantarme al destino y hacerlo mío. Pero... mi pensamiento es más rápido que mis piernas. Recuerdo el chirrido de frenos rascando el pavimento.

Oscuramente, atravesé la confusión de voces y ruedas detenidas. La sentí tibia al contacto. "Mientras esté tibia..."

La niña Sol era parte de mis sueños, parte también de mis pesadillas. Ahora, como antes, soñaba y no debía hacer esfuerzo por despertar. ¿Si su inmovilidad es pesadilla? Sueño o realidad la niña estaba conmigo, llena de ojos, ruedas, manchas de alquitrán y aceite sobre el delantal immaculado. Yo había colocado mi brazo bajo su nuca; inmóvil, le servía de almohada.

—Alcancé a frenar a tiempo... la pequeña atravesó de repente... mis frenos están buenos... no comprendo, debo haberla rozado con el parachoques... —las voces llegaban deformadas por la irrealidad mía y de todo.

—No me lo explico... Yo alcancé a frenar a tiempo...

De pesadilla era esa lejanía de las voces, también su confusión informe. Pero estaba la niña tibia... Inmovilicé mi brazo para que no la estorbara bajo el cerebro. Me aferré a su tibieza.

—Ya lo dirá el médico de la Asistencia...

—No se aflija tanto, amigo . . . puede estar aturdida . . .

—Es que manejan como unos condenados.

—Es increíble que Dios le dé hijos a madres que los dejan solos en plena calle . . .

— . . . mandar una noticia a la casa . . . —No podía moverme. Como en las pesadillas, mis pensamientos y yo íbamos aparte.

Se encrespó en mis oídos la sirena de la Asistencia Pública. Las ruedas al detenerse se hicieron una con la calle. Las voces continuaban llegando hasta mí, como desde el sueño.

—¿Qué ha pasado?

—¿Quién puede servir de testigo?

—Un camión . . . —volvieron a alejarse las voces.

—¿A cuál? ¿Al viejo o a la niña?

—Parece que a los dos.